

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

### *Geografía histórica e historia geográfica: el tiempo en el espacio y el espacio en el tiempo\**

Resulta hoy particularmente pertinente (cuando la reforma de la ley de universidades parece que intenta obligar a la Geografía a elegir entre integrarse en Humanidades o en Ciencias Sociales) reflexionar sobre la intensa relación mantenida en el pasado, y hoy en crisis (sobre todo en algunos países como España y Francia), entre la Geografía y la Historia. Me apresuro a decir que, aunque coincido con Pierre George en que la geografía es una forma de Historia total, no por ello creo que su lugar académico se encuentre solamente entre las Humanidades, como tampoco entre las Ciencias Sociales, las Ciencias Naturales o la Ingeniería y Arquitectura. Pienso (como todos, supongo) que la Geografía debería tener carta de naturaleza propia por su carácter transversal, sintético y englobante. Estas líneas quieren, sin embargo, llamar la atención sobre el enfoque más olvidado en la actualidad, el que corresponde a lo que se ha denominado geografía histórica.

Durante mucho tiempo la Geografía y la Historia se han considerado mutuamente como ciencias auxiliares que, como decía Vidal de la Blanche, se prestaban servicios recíprocos. Algunas introducciones geográficas a obras generales de historia pueden considerarse trabajos paradigmáticos de nuestra disciplina. Baste recordar el vidaliano *Tableau de la géographie de la France* que

introducía la *Historia de Francia* dirigida por E. Lavissee y A. Rambaud, o la innovadora propuesta de Bertrand en su introducción a la *Historie de la France rurale* y en la que en realidad abogaba por el desarrollo de una metodología para una historia ecológica, una geografía para la historia. No han sido tan frecuentes las introducciones históricas a trabajos geográficos. Sin embargo, la incorporación del análisis geográfico a trabajos históricos (historia geográfica) ha dejado magníficas obras, como las de la escuela francesa de *Annales* y sus seguidores (Bloch, Febvre, Braudel, Duby); una incorporación similar a la que del análisis histórico ha hecho la geografía histórica.

Recientemente han aparecido algunos trabajos que pueden permitir palpar el estado de salud de las relaciones entre las dos disciplinas y ayudar también a la reflexión sobre el papel de la geografía histórica en la geografía actual. Me referiré aquí a tres: el primero es un libro de un consagrado especialista inglés, Alan Baker, publicado en 2003, el segundo es el resultado de la recopilación de las intervenciones de un coloquio que tuvo lugar en la Sorbona del 12 al 14 de septiembre de 2002 (en el que también participo Baker) con el sugerente título de *Où en est la géographie historique?* publicado en 2005 bajo la dirección de Philippe Boulanger y Jean-René Trouchet, y el tercero recoge las actas del VIIIº coloquio de Geocrítica celebrado en México entre los días 22 y 26 de mayo de 2006 y dedicado en esta edición a la Geografía Histórica, publicadas en un número especial de *Scripta Nova* de agosto del mismo año.

El libro de Baker recorre las distintas temáticas en las que las miradas de historiadores y geógrafos se han cruzado: la organización del espacio, el medio ambiente, el paisaje, la región, son y han sido grandes temas centrales de la geografía, pero también son y han sido

---

\* Alan R. H. BEKER: *Geography and History. Bridging the Divide*. Cambridge Studies in Historical Geography 36. Cambridge University Press, 2003, 281 págs. Philippe BOULANGER y Jean-René TROUCHET (dir.): *Où en est la géographie historique? Entre économie et culture*. Paris: L'Harmattan, 2005, 346 págs., *Scripta Nova*, vol. x, nº 218, 2006.

abordados desde la historia, y en muchas de las investigaciones sobre problemáticas concretas, historiadores y geógrafos han recurrido a la utilización de herramientas y saberes de la otra disciplina. Para Baker la geografía histórica y la historia geográfica abordan, a menudo, los mismos problemas y utilizan las mismas fuentes; lo que diferencia los resultados son las distintas posiciones epistemológicas, que contribuyen a enriquecer el panorama investigador proporcionando diferentes perspectivas. Parte de la idea de que en el propio desarrollo de las disciplinas historiadores y geógrafos fueron tomando conciencia geográfica e histórica respectivamente, sintiendo la necesidad de introducir la dimensión temporal en el análisis del territorio y la dimensión territorial en el análisis temporal. Por otra parte, el espacio y el tiempo no pertenecen exclusivamente a la Geografía y a la Historia respectivamente, sino que también interesan a otras ciencias sociales: de hecho, los conceptos de organización espacial y la organización temporal son interdisciplinarios.

Si el libro de Baker reconoce y se propone salvar la gran división entre la historia y la geografía (*Bridging the Divide*), el propio título del coloquio de la Sorbona (*Où en est la géographie historique?*) parece reconocer de partida la crisis de la propia geografía histórica. De las tres partes en que se divide el libro la primera se dedica a explorar los fundamentos teóricos de la geografía histórica, reflexión a la que contribuyen especialistas de la talla del propio Alan Baker, Christian Grataloup, Paul Claval, Yann Richard, Hung Clout, Caroline y Vincent Moriniaux, Nicola Peter Todorov, Philippe Boulanger, Gérard-François Dumont y Philippe Brillet; la segunda parte recoge aportaciones que tienen que ver con el tratamiento, desde la geografía histórica, de las problemáticas más actuales de la geografía humana francesa y en ella participan Michel Vrac, Etienne Auphan, Michel Deshaies, Jean-Robert Pitte, Jean-Pierre Husson y Christine Bouisset; y la última se dedica a las temáticas que desde siempre acapararon la atención de la geografía histórica, los paisajes rurales y culturales y en ella se reúnen los trabajos de Annie Antoine, Sylvaine Boulanger, Giuliana Andreotti, Jean Paul Amat y Micheline Hotyat, Jean-Yves Puyo, Xavier Rochel, Brice Gruet, Federico Fernández-Christlieb y Marcelo Ramírez-Ruiz, Jean-René Trouchet y Xavier de Planhol.

Por su parte, el VIIIº Coloquio Internacional de Geocrítica no estableció ninguna línea de reflexión teórica sobre la geografía histórica, a la que sin embargo contribuyó la presentación realizada por Horacio Capel. Además, reunió a gran cantidad de especialistas (91 comuni-

caciones) europeos (principalmente españoles pero también portugueses, franceses e italianos) y latinoamericanos (mexicanos, brasileños, argentinos, venezolanos, colombianos, chilenos), no sólo del ámbito de la geografía, sino también de la historia, la antropología o la arquitectura, lo que contribuyó a ofrecer un amplio espectro temático y de enfoques.

Dentro de la reflexión teórica uno de los aspectos que cabe destacar es la consideración que se debe de dar a la geografía histórica: ¿es una disciplina o un modo de hacer geografía?, se preguntan los editores del coloquio de la Sorbona, concluyendo que se dan ambas concepciones: la primera (más reciente) se explica por el rechazo epistemológico desde la geografía de los años setenta-ochenta, mientras la segunda existe desde los orígenes de la geografía aunque no siempre haya tenido conciencia de ello. En esta segunda posición parecen encontrarse la mayor parte de autores, incluidos todos aquellos que no introducen en sus trabajos ninguna reflexión teórica al respecto. Pero también el propio Baker, que dedica ambas publicaciones a la reflexión epistemológica, considera que la geografía histórica no tiene necesidad de justificarse como disciplina, ya que no hay tema ni dominio de investigación que le pertenezca exclusivamente; al contrario, la geografía histórica debería compartir sus métodos con la Historia y las problemáticas de estudio con la Geografía.

Otro segundo aspecto se refiere a la supuesta crisis de la geografía histórica. ¿Es cierto que ese modo de hacer geográfico, ese enfoque historicista se haya visto arrinconado en la Geografía? En primer lugar, no en todos los países la situación es igual ni ha evolucionado de la misma manera. La crisis francesa parece más evidente que la anglosajona o alemana, a pesar de que la geografía histórica de Francia tuvo gran influencia en el desarrollo de la de otros países como España o Inglaterra. Hung Clout reconstruye (en su contribución al coloquio de la Sorbona) una línea de influencia de la geografía histórica francesa en la geografía británica: los trabajos de Vidal de la Blanche, las monografías regionales (particularmente la obra de Demangeon) y las obras de Roger Dion y Deffontaines, y también las de los historiadores de la escuela de los *Annales* (Bloch y principalmente Lecien Febvre) y sus seguidores (Braudel), estuvieron muy presentes en la formación del geógrafo Henry Clifford Darby, a quien considera el padre de la geografía histórica británica. Caroline y Vincent Moriniaux (en el mismo coloquio) comparan la relación entre la geografía y la historia en los sistemas educativos francés y alemán, llamando la atención sobre la

aparente paradoja que supone el hecho de que mientras en Francia, donde la geografía en el bachillerato se enseña en un 90% de los casos por historiadores, la geografía histórica se encuentra bastante arrinconada, en Alemania, donde las dos disciplinas son independientes y la geografía histórica sólo se estudia como especialidad en Bonn (en otras universidades sólo se puede obtener un diploma), se observa un mayor dinamismo en esta materia. Algunos autores consideran que dicha crisis francesa se ha superado o se encuentra en vías de superación. Para Christian Grataloup (Sorbona) la geografía histórica tuvo gran importancia en Francia en las primeras décadas tras la emancipación de la disciplina (de lo cual queda constancia en los números de la época de *Annales de géographie*), pero desde principios del siglo XX se va abandonando y los historiadores ocupan su lugar: Marc Bolch, más tarde Braudel que con su formulación del «tiempo largo» (lo invariable) consiguió salvar el bache del historicismo de los años sesenta y setenta de dominante estructuralista; en los años 80 la geografía histórica vuelve a presentar interés porque puede responder a la crisis de los modelos estáticos, introduciendo la multiplicidad de situaciones, el movimiento evolutivo, el cambio; lo cual no ha hecho desaparecer la geografía de los modelos sino que ha establecido un diálogo con ella: los modelos evolucionan en un doble sentido: de lo descriptivo a lo explicativo y de lo estático a lo dinámico.

Varios de los participantes en el coloquio de la Sorbona introdujeron en sus ponencias una reflexión sobre la temporalidad en la geografía histórica, subrayando la aportación de la escuela de los *Annales* que al introducir los conceptos de «tiempo largo» y de «larga duración» permitieron superar la división histórica académica. Claval, que dedica su capítulo específicamente a este asunto, recuerda que, aunque sin una formulación conceptual, la geografía regional había utilizado ya con anterioridad esas herramientas e incluso algunas más eficaces como la temporalidad flexible, porque cada uno de los dominios estudiados tenía su propia temporalidad. Los diferentes ritmos evolutivos de los elementos (a los que aludió también Horacio Capel en la presentación del congreso de Geocrítica) preocupan a Brice Gruet, que aboga por una temporalidad compleja, que se pueda descomponer en ritmos de cambio e inercias, que permita aprehender la evolución general de un ámbito tan multiforme como el de la ciudad.

Por lo que hace a los temas de estudio de la geografía histórica, los tres trabajos ponen de manifiesto la gran variedad de líneas de investigación abiertas desde

este enfoque. Alan Baker describe sobre todo aquellas que han sido abordadas tanto desde la Geografía como desde la Historia. Es el caso del análisis de las distribuciones espaciales (de los recursos o del poblamiento) en una época histórica, un tema, sin duda, histórico, pero también desde luego (y quizás sobre todo) de la geografía histórica, en la medida en que exige una interpretación geográfica de las fuentes documentales así como una representación cartográfica adecuada, y lo mismo se podría decir de los procesos de difusión espacial. El relativamente reciente interés de la historia por la ecología y el medio ambiente, viene precedido (como ya recordó también Fontana) de una atención privilegiada de esos temas desde la geografía y particularmente desde la geografía histórica, que ha estudiado sobre todo los cambios en el medio ambiente por el impacto de las actividades humanas y, más recientemente, también la reconstrucción de las condiciones ambientales del pasado, temática con la que la geografía física se ha incorporado a la geografía histórica. Para la geografía el paisaje ha sido también uno de los objetos de estudio más importantes; se ha ocupado principalmente de cómo y por qué se construyeron y también de la reconstrucción de paisajes antiguos. Pero el concepto de paisaje no es monopolio de la geografía; la historia y otras disciplinas se han interesado igualmente por él, sobre todo por su dimensión connotativa y representativa, aspectos que han tentado también a algunos geógrafos. Incluso líneas tan propiamente geográficas como los estudios regionales, en los que han predominado las aproximaciones desde la geografía histórica, han llamado la atención de los historiadores, que desde los años cincuenta de la pasada centuria han hecho una historia regional, como también una historia local, ambas como respuesta de la dominante historia nacional. Baker llama también la atención sobre los atlas históricos, trabajos en los que la perspectiva histórica y la geográfica se cruzan de manera especial. Concluye definiendo la geografía histórica como el estudio geográfico del pasado, otorgando a dichos estudios un amplio rango temático y distintas escalas y aproximaciones (reconstrucciones de un momento estático del pasado, procesos de cambio).

Por su parte, el congreso de la Sorbona refleja con toda claridad esa amplia panoplia temática actual. Agrupadas las contribuciones temáticas en la segunda y tercera parte del libro, su diversidad parece haber constituido una dificultad para los editores a la hora de establecer divisiones interiores, más allá de la ya mencionada que reúne aquellas intervenciones que abordan temas más actuales (segunda parte) y las que, por el

contrario, continúan profundizando en los temas de larga tradición (tercera parte). Entre los temas actuales de la geografía humana se encuentra, por ejemplo, el de los transportes: Michel Vrac, revisa la evolución de su tratamiento geográfico desde los enfoques clásicos de la geografía histórica a los sistémicos, que desde los años ochenta parecen recuperar el interés histórico y lo tratan de incorporar a su propio discurso, y Etienne Auphan defiende el interés de estudiar la concentración de redes de transporte de forma comparada y desde la perspectiva de la geografía histórica, analizando los casos del Reino Unido, Francia y Alemania. El abandono de la explotación minera y la rehabilitación de los paisajes, constituye el tema que aborda, desde el estudio de dos casos en Alemania oriental, Michel Deshaies. Jean-Robert Pitte, Jean-Pierre Husson y Christine Bouisset se esfuerzan por demostrar la utilidad de la geografía histórica para resolver problemas actuales, aspecto en el que también insistió Horacio Capel en la presentación del coloquio mexicano: su contribución a la solución de problemas como las relaciones sociales con el medio ambiente y el paisaje o la ordenación del territorio (Pitte), la ordenación y gestión de las masas forestales (Husson) o los planes de prevención de riesgos de incendios forestales (Bouisset). En la misma línea, pero con un planteamiento más metodológico, están los trabajos reunidos en el tercer capítulo del libro. Nicola Peter Todorov demuestra la utilidad de realizar una geografía histórica sobre un breve período y un proceso de reorganización administrativa que no persistirá: hace un análisis de cómo reaccionaron las comunas rurales a la reforma administrativa de Napoleón en Westfalia, entre cuyas medidas se encontraba la reagrupación de las comunas más pequeñas y dispersas. Philippe Boulanger explora en la manera de entender la geografía histórica desde la geografía militar, que la concibe en su dimensión aplicada, como geoestrategia: debe estudiar el valor del terreno y las concepciones tácticas y estratégicas que se han desarrollado en el pasado. Gérard-François Dumont pasa revista a la incorporación de nuevas fuentes y, sobre todo, nuevas metodologías a la demografía histórica. Philippe Brillet ensaya una geografía histórica de la salud para aportar nueva luz a la comprensión de la difusión de la bilharziasis en Brasil, hasta ahora insuficientemente explicada por la biogeografía (presencia del molusco en agua dulce: abundancia de agua); el análisis histórico permite conocer el proceso de introducción y desarrollo de la enfermedad, que parece asociada a la introducción de esclavos negros y a las plantaciones de caña y algodón

con bajas condiciones higiénicas y su difusión tendría que ver con la trata de negros y su dispersión tras la crisis de las plantaciones.

En cuanto a los temas de larga tradición, no podían faltar los relativos al paisaje. Annie Antoine reflexiona sobre las posibles interpretaciones geográficas de dicho concepto: el «paisaje vidaliano» (hermenéutica), el «paisaje negado» de los cuantitativistas, el «paisaje pensado» o «el paisaje estético», para terminar resaltando las ventajas de la arqueología del paisaje en el análisis, lo cual ilustra con su conocido trabajo sobre el *bocage* en el occidente de Francia. Sylvaine Boulanger estudia la evolución del viñedo alsaciano desde la crisis de finales del siglo XIX a la actualidad, con especial énfasis en las transformaciones iniciadas en 1962 (concentración de la producción y mejora de la calidad). Giuliana Andreotti aboga por una geografía histórica cultural que permita descifrar el paisaje utilizando las nuevas orientaciones (como la de la percepción) que se preocupan de las experiencias y comportamientos que han podido influir en el modelado del paisaje (la teoría de Farouk-el-Baz sobre las pirámides de Giza le sirve de argumento). Otro de los grandes temas que tampoco podía estar ausente es el forestal. Jean-Paul Amat y Micheline Hotyat destacan el reciente interés por el estudio histórico de las tempestades sobre los bosques en Francia, motivado por las recientes catástrofes y el intento de determinar la posible recurrencia sobre los mismos espacios. Jean-Yves Puyo explica por qué después de la precocidad, brillantez e influencia de los forestales franceses del siglo XVIII, se fue imponiendo durante el siglo XIX el modelo silvícola alemán. Xavier Rochel propone la utilización de los registros de «martelage» del siglo XVIII (marcas de los árboles que debían cortarse) para la historia de los bosques. Finalmente, en el último capítulo se recogen cuatro contribuciones que se reúnen bajo el título (demasiado general) de «el tiempo en todos sus espacios: sociedades y civilizaciones». Brice Gruet reflexiona sobre la evolución de las percepciones y representaciones de la ciudad. Federico Fernández-Christlieb y Marcelo Ramírez-Ruiz intentan una nueva aproximación al estudio de un espacio bicultural mexicano introduciendo los cultos precolombinos en el análisis de una ciudad colonial. Jean-René Trochet subraya la importancia de considerar conjuntamente la cultura constructiva y la cultura popular campesina para analizar los distintos modelos de casas y su evolución. Y Xavier de Planhol relaciona la evolución de la gran fauna del Próximo Oriente y África del Norte (marcada por la desaparición de especies) con la pre-

sencia humana permanente y, sobre todo, con la existencia de grandes imperios que ejercieron una fuerte presión sobre el medio ambiente.

En gran número de comunicaciones presentadas al *VIII Coloquio Internacional de Geocrítica* hace imposible una descripción siquiera somera de cada una de ellas en esta ya demasiado extensa recensión. Destacaron, por su número, algunos temas como el geopolítico, tratado fundamental, aunque no exclusivamente, por participantes brasileños, sin duda marcados por la influencia de Milton Santos; la historia urbana y los procesos de construcción de la ciudad; la historia de la cartografía, y las formas de organización territorial y los cambios en las sociedades rurales tradicionales. El amplio espectro geográfico iberoamericano (que conserva al mismo tiempo una tonalidad cultural bien definida y familiar) unido a la variedad interdisciplinar, confiere a este número especial de *Scripta Nova* un interés que va más allá de la suma de las aportaciones individuales, en tanto que constituye un magnífico testimonio de la salud de la geografía histórica y de la historia del territorio, más robusta, sin duda, en Latinoamérica que en la Península Ibérica, pero en todo caso bien representativa dentro de nuestra disciplina.— MA-  
NUEL CORBERA MILLÁN

### *La cartografía parcelaria de los municipios de Barcelona en la segunda mitad del siglo XIX\**

Los estudios de cartografía histórica están de enhorabuena con el libro que aquí presentamos. El tema, la cartografía parcelaria municipal en la segunda mitad del siglo XIX, sólo había sido abordado de manera muy puntual por unos pocos historiadores y geógrafos, entre ellos los autores del libro que ahora comentamos. Nunca antes había sido emprendida una obra de tan amplio espectro espacial y tan meticulosa como la realizada por los geógrafos Nadal, Urteaga y Muro, quienes han recopilado nada menos que 140 planos referidos a 103 municipios de la provincia de Barcelona, la mayoría de ellos de la zona central y litoral, es decir, de la zona más rica desde el punto de vista de la agricultura y, por consiguiente, de la propiedad y sus formas de tenencia.

El libro se divide en dos grandes unidades: una primera de estudio y análisis (págs. 15-139) en la que se incluyen 17 planos, y otra segunda con el catálogo-fichero de los planos (págs. 140-237) en la que se reproducen 56 planos. La primera parte consta de siete capítulos, a cual de todos de mayor interés para los aficionados a la cartografía y a la geografía histórica urbana y agraria. El primer capítulo reconstruye los pasos de la implantación del impuesto de la contribución territorial en la provincia de Barcelona, siendo de destacar el último epígrafe, dedicado a la respuesta de los pueblos, donde se destaca la dificultad para confeccionar unas listas de contribución debido al analfabetismo y se recuerda que la imposición catastral inmueble tenía ya una larga tradición, por lo que en muchos casos se volvía a repetir lo ya conocido. En el segundo capítulo se trata casi exclusivamente de la creación de la Comisión provincial de Estadística.

El tercer capítulo se centra en el período 1849-1854, durante el cual dicha Comisión registró su mayor actividad y elaboró el 60% de todos los planos objeto de estudio en este libro, con algunos ejemplos pioneros de lo que habría de ser la cartografía parcelaria en áreas peri-urbanas (buen ejemplo es el Plano de Barcelona de 1851, pág. 50) y otros más interesados en la representación del relieve que en la confección de un catastro (Plano de Masnou, 1850, pág. 53). El cuarto capítulo estudia el papel de los contratistas de la estadística territorial y de la participación de agrimensores y geómetras profesionales, algunos de los cuales acabaron creando sus propias empresas. Los capítulos quinto y sexto completan la evolución histórica desde 1855 a 1885, largo período en el que la producción cartográfica va decayendo poco a poco.

Bajo el subtítulo *Una cartografia manuscrita: guia per a investigadors*, el capítulo séptimo (págs. 109-119) contiene lo que podríamos calificar de quintaesencia del trabajo realizado por Nadal, Urteaga y Muro. Incluye en primer lugar una trabajada recensión historiográfica europea del estudio de los mapas parcelarios como fuente para la geografía histórica y cultural del paisaje, a la que sigue una larga reflexión sobre el trabajo realizado, que incluye una valoración crítica y razonada de las fuentes, las técnicas cartográficas y las características de los mapas estudiados, antes de pasar a presentarnos sus conclusiones (págs. 123-125) cuya lectura detenida recomendamos como fase previa a la del resto del libro.

Conviene resaltar el contexto espacial (Barcelona) y temporal (segunda mitad del XIX) en el que estos pla-

\* NADAL, F., URTEAGA, L., MURO, J. I.: *El territori dels geòmetres. Cartografia parcel·laria dels municipis de la província de Barcelona (1845-1895)*, Diputació de Barcelona, 2006, 253 págs.

nos fueron llevados a cabo. Se trata de una zona que en aquellos momentos estaba atravesando una fuerte transformación agrícola debido a la gran expansión del viñedo motivada por la demanda de la exportación de vinos y licores a Francia y América. Con 70.000 hectáreas de viñedo en 1850 y 132.000 en 1889, la provincia de Barcelona era la de mayor intensidad vitícola de España. Pero el mayor interés estaba no en su extensión física sino en el peculiar contrato de explotación que afectaba a la gran mayoría del mismo: la *rabassa morta*. Este contrato, por el que el propietario de una tierra concedía el usufructo de la misma al cultivador que la plantase de viña por un período determinado, generalmente «hasta que las cepas mueran», (*fins que la rabassa siga morta*) era de larga tradición en Cataluña y se había revitalizado desde finales del siglo XVIII. A mediados del siglo XIX, con la imposición cada vez más efectiva de la contribución rústica, tanto los propietarios como los cultivadores o *rabassaires*, estaban muy interesados en que se reconocieran sus derechos respectivos. Para ello la representación parcelaria tenía que reflejar con precisión el régimen de tenencia o explotación de cada parcela, distinguiendo entre la propiedad y la aparcería (*rabassa morta* en el caso de la viña). Es por ello que estos planos resultan ahora de gran interés para el investigador interesado por la transformación del paisaje agrario. De gran valor son algunos de los planos referidos a las comarcas del Maresme (casos de Masnou, Mataró, etc), el Penedés, l'Annoia, el Vallés y el Pla de Bages. A destacar el de Capellades (nº 15) con su representación del relieve y los distintos cultivos (viña casi todo) y el monte.

Los aficionados a la evolución urbana encontrarán materia de información y estudio en casi todos los planos, y muy en especial en los de la zona de Barcelona, Baix Llobregat y el ya citado Maresme, donde el crecimiento posterior ha sido tan espectacular y transformador. Destaca el plano de Barcelona (nº 6) y otros de su entonces periferia como Gràcia (nº 31) y Sant Martí de Provençals (nº 76). De las tierras medias el más completo quizás sea el de Manresa (nº 38) o el de Vic (nº 98) realizado por un geómetra francés. Tampoco hay que olvidar los planos de los pequeños núcleos rurales, tanto de poblamiento disperso, caso de Avinyó (nº 5), como compacto, caso de Sallent (nº 62).

La lectura de este libro sirve también para reflexionar sobre la función del cartógrafo, geómetra o agrimensor como un profesional al servicio de la Administración del Estado, y en este caso concreto, al de la Hacienda Pública y su ánimo recaudador. Por mucho

que nos pese a algunos geógrafos (a veces instalados en el limbo de la independencia intelectual) la verdad es que la cartografía y la propia geografía no habrían podido desarrollarse y adquirir carácter de disciplina científica, si no hubiera sido por este sentido de aplicación a los intereses públicos (también privados) en donde la Administración ha sido y es la mayor protagonista como responsable de una larga serie de tareas que cubren desde las obras públicas, la ordenación territorial, la recaudación de impuestos, la educación, etc hasta el actual interés (a veces poco creíble) por la defensa del paisaje.

Sea pues bienvenido el presente libro y lástima que no hayan aparecido fuentes de la mismas características en otras provincias, pues es bien seguro que hay en ellas un reto para los amantes de la cartografía y la geografía histórica.— JUAN PIQUERAS HABA

### *El espacio público sevillano\**

La obra de Antonio García es su proyecto de investigación del Doctorado, galardonado y publicado por la Diputación de Sevilla. Reúne casi todas las cualidades inherentes a la mejor Geografía Urbana, entre ellas la de no resultar una realización aislada sino el último eslabón en la trayectoria investigadora de su director, Víctor Fernández Salinas, por tanto obra de grupo y con marca de escuela. El espacio público en ciudades y áreas metropolitanas es materia de elevado rendimiento geográfico por tratarse de una noción compleja, tan rica en significados como susceptible de profundización. Enriquece la lectura del medio urbano pero además resulta un objeto sustancial en el debate sobre el futuro de las ciudades, pues el reforzamiento de lo público parece la vía inexcusable para lograr un urbanismo de valores contrarios a los liberales, participativo y socializador. Dicho de otro modo, el correcto planteamiento de los elementos urbanos colectivos representa gran parte de la alternativa a la ciudad del individualismo, el clasismo, los negocios y la ceguera ante los límites ambientales. Por otro lado el andamiaje del libro está regido por el sentido común. Al avanzar desde lo abstracto hacia lo concreto guarda equilibrio entre la teoría, la panorámica local y el detalle de los ejemplos, al igual

\* GARCÍA GARCÍA, A. (2006): *Vitalidad y crisis en los espacios públicos de Sevilla*. Diputación de Sevilla, 216 págs.

que encuentra el punto óptimo de combinación entre la perspectiva histórica y el tratamiento de los procesos recientes. Pero son estos, con su carga de problemas, tensiones o contradicciones, los que proporcionan la sustancia básica a partir de la cual se ofrece al lector una ciencia divulgadora, de diagnóstico y resolutoria. Atributos que sitúan muy favorablemente a la disciplina geográfica entre los conocimientos indispensables para construir la ciudad del mañana. El trabajo que aquí se valora cumple aún otros dos requisitos exigibles a las buenas obras, ofrecer una puesta al día y, en la medida en que resulta posible dentro de las dimensiones de una investigación de postgrado, proporcionar algo así como un modelo de estudio o al menos un puñado de verdaderas ideas en apoyo a estudios posteriores. El juego de escalas utilizado, la batería de variables empleadas para clasificación o análisis, y por supuesto las formas de representación gráfica, pueden entenderse de ese modo.

La parte inicial del texto sistematiza los conocimientos disponibles, con miras a definir rigurosamente el concepto de espacio público. Si se considera como tal a los espacios libres (o nodos) y los ejes, resulta una amplísima gama de tipologías diferenciadas genealógicamente y por escalas, desde las antiguas plazas de barrio o los jardines históricos hasta las márgenes de autopista, instalaciones de ocio, corredores fluviales y parques metropolitanos. Las lecturas realizadas y la reflexión del autor ayudan a plantear con solvencia el estudio de esos elementos, que debe extraer todo su interés científico (territorial, ambiental, cívico) y centrarse en la identificación de tendencias negativas, tanto en los tipos tradicionales (desagregación, banalización, pérdida de capacidad socializadora) como en las nuevas modalidades (insostenibilidad, falta de utilidad, indiferenciación). Para neutralizar tales amenazas hay que poner en valor todo el potencial urbanístico y social de los espacios públicos, estableciendo modelos organizados en redes escalares que cumplan con la condición de ser variados, participativos y atentos al medio. Los capítulos correspondientes son de gran interés aunque se echa a faltar en ellos un lenguaje más geográfico, liberado en lo posible de vocablos ajenos que a veces resultan confusos o insustanciales. Ésa no es tarea que pueda exigirse al autor sino más bien responsabilidad colectiva, a fin de evitar que nuestro discurso se devalúe al resultar intercambiable con otros o no reflejar debidamente la altura de nuestros ideales de estudio.

El resto de la obra se dedica a Sevilla, aunque prácticamente posee tanto valor local como general. De

entrada aporta una revisión crítica sobre el trato que reciben los espacios públicos en las distintas figuras del planeamiento vigente. Cada escala de ordenación aporta un enfoque y pone el acento en dimensiones específicas, de modo que la gestión metropolitana o municipal atiende más bien cuestiones como el fortalecimiento de una red jerárquica y bien conectada, mientras que a escala de barrio pueden cobrar más peso otras facetas como la convivencia o los conflictos. Los tres escalones espaciales (aglomeración, ciudad, distrito) también sirven al autor para organizar la caracterización del sistema sevillano de espacios públicos, tan rico como insuficientemente vertebrado. Lejos de resultar un escrito puramente enumerativo, en él se emplean todas las claves de comprensión posibles para dibujar un cuadro donde encuentra sentido cada componente, desde los adarves a las áreas forestales periurbanas. Interesa al geógrafo conocer de cada espacio público no sólo las referencias generales o de relación (situación, superficie, conexiones, accesibilidad) sino también la configuración morfológica, los equipamientos de que dispone y los usos o funciones que soporta. De ahí procederán parte de sus atributos que, sumados al valor ambiental, pueden traducirse en singularidad e identificación, percibida por la ciudadanía y traducida en una mayor o menor frecuentación. El buen mantenimiento, la seguridad y el confort son otros factores que dan pulso o generan sociabilidad, mientras que los defectos de origen, impactos y presiones obran en sentido contrario.

La segunda mitad del libro representa el mayor grado de aproximación al objeto, dado que analiza minuciosamente siete espacios de distinta generación y naturaleza, algunos tan significativos como la Alameda de Hércules o el parque de María Luisa. Aquí el abanico de las variables de estudio se despliega aún más para afinar en la detección de problemas, determinar potenciales y aportar ideas o líneas de actuación marcadas siempre por la sensatez. El asunto no es precisamente menor, pues las ciudades españolas están viendo como muchos de sus antiguos espacios públicos resultan desnaturalizados por el negocio de las obras, traducido en reformas inadecuadas. En los nuevos desarrollos urbanos también los espacios colectivos de última generación son a menudo víctimas del agio, mal localizados, faraónicos o ambientalmente discutibles. El desenlace de la obra es pues la reivindicación de la Geografía, algo a lo que cooperan y no poco el magnífico aparato cartográfico y la original selección de fotografías a pié de calle.— SERGIO TOMÉ FERNÁNDEZ

## *La historia del paisaje cultural de los Pirineos\**

El creciente interés de los historiadores, arqueólogos y antropólogos por el territorio y el paisaje, por su reconstrucción histórica y su evolución, se manifiesta recientemente en numerosas publicaciones y reuniones científicas que constituyen, en su mayoría, piezas de gran valor y necesarios marcos de referencia para la geografía histórica. El libro que me propongo reseñar resulta, en este sentido, especialmente interesante, no sólo por la calidad de los trabajos que reúne, sino también por el ámbito geográfico al que se refiere (sobre el que la Geografía cuenta con trabajos ya clásicos como los de Max Sorre o Max Daumas) y porque constituye el resultado de una red de investigadores de ambas vertientes de Pirineo decididos a comparar los resultados de sus indagaciones. La propia experiencia de construcción de dicha red (de la que se nos da cuenta en la presentación del libro) es en sí uno de los activos de la obra. La red RESOPYR (Recursos - Sociedades - Pirineos) surgió en el año 2000 como resultado de contactos previos entre investigadores (en coloquios, tribunales de tesis, etc) que, aprovechando las subvenciones europeas a programas transfronterizos, se decidieron a dar continuidad a sus encuentros con el propósito de debatir algunos temas que estaban tratándose en diferentes áreas de los Pirineos en una y otra vertiente. Se constituyó a partir de grupos de investigadores coordinados localmente de las Universidades catalanas (Lluís To de la Universidad de Gerona y Jordi Bolós de la Universidad de Lérida), la Universidad de Aragón (Juan Utrilla), la Universidad Pública de Pamplona (Eloísa Ramírez), la Universidad de Vitoria (José María Imízcoz), la Universidad de Toulouse II Le Mirail (Benoît Cursente – FRAMESPA) y la Universidad de Perpignan (Aymat Catafau – CRHiSM, coordinador general). Tras algunas reuniones temáticas preparatorias durante los años 2001 y 2002, celebraron el coloquio de Font-Romeu (Pirineos Orientales) cuyas aportaciones son recogidas en este libro. Se trata de trabajos de una cierta desigualdad, justificada sobre todo porque las investigaciones se encuentran en estadios diferentes y también porque el grado de madurez de los investigadores no es el mismo; pero en conjunto ofrecen

una panorámica amplia y rica en matices, que proceden tanto de la diversidad corológica como de la variedad de escalas de trabajo, metodologías y enfoques.

El libro aparece dividido en cinco partes. La primera, titulada *Dinámicas económicas y formación de los paisajes. Visiones regionalistas y aproximaciones de detalle*, recoge siete artículos de los cuales el que mejor encaja quizás con ese título general es el firmado por Juan F. Utrilla, Carlos Laliana y Germán Navarro, que estudia la transformación de los recursos naturales (en función de las demandas económicas) en el Pirineo Aragonés durante la Edad Media, pasando revista a la explotación ganadera, a la extracción y transformación de minerales (salinas, minas de plata y hierro, ferrerías) y a las pequeñas manufacturas (textil, curtidos, madera). Delphine Brocas y Amaia Legaz realizan una prospección documental valorada para el estudio de los pastos y los bosques en el Pirineo occidental en la larga duración (siglos XI-XIX), con la intención confesada de cruzar más adelante los datos así obtenidos con la información paleo-ambiental. Marta Sancho indaga sobre la transformación del paisaje del Monsec (Pirineo oriental) en la Edad Media, utilizando para ello el fondo documental de la colegiata de Santa María de Mur. Tünde Mikes intenta explicar el origen de las comunidades rurales y del valle como unidad supralocal en el Valle de Ribes y las formas de explotación de los recursos en la larga duración. Jordi Bolós estudia los procesos de construcción y evolución de los parcelarios aplicando una metodología (en la línea ya ensayada por Chouquer y Palet) a varios ejemplos de la Cataluña Vieja y algunos de la Cataluña Nueva, más con un afán de demostrar la utilidad de dicha metodología que con el de presentar resultados acabados. Marie-Pierre Ruas y Christine Rendu utilizan las fuentes carpológicas y arqueológicas halladas en dos yacimientos medievales en Cerdeña y Capcir (Pirineos Orientales) para tratar de establecer el tipo de cultivos que se daban en esas áreas de montaña, próximas en el espacio (aunque a diferente altitud) y separadas en el tiempo (la primera datada entre los siglos VIII al X y la segunda entre el XI y el XIII). El trabajo de Marie-Claude Bal constituye un novedoso ensayo metodológico de arqueología ambiental, en el que se intenta poner a prueba una batería de métodos en el análisis de los niveles de los suelos que se encuentran inmediatos a los muretes de piedra seca que delimitan las parcelas en el Valle de Bethmale (Ariège), con el propósito de obtener información que permita reconstruir la vegetación leñosa relacionada con prácticas agro-silvo-pastoriles pasadas.

---

\* Aymat CATAFAU (compilador): *Les ressources naturelles des Pyrénées du moyen âge à l'époque moderne. Exploitation, gestion, appropriation*. Actes du Congrès International RESOPYR 1. Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, 2005.



La segunda parte agrupa tres trabajos relacionados con las prácticas pastoriles y la gestión de los espacios de pastos. Marc Conesa estudia, para la Cerdeña del siglo XVIII, las diferencias existentes (tanto en lo que hace a las cabañas ganaderas como a las estructuras sociales) entre las comunidades que disponían o no de puertos estivales. Alfredo Moraza indaga en un tema olvidado, el de la trashumancia del ganado porcino durante la Edad Media, cuya existencia constata entre el Sistema Ibérico y las sierras meridionales del País Vasco. Elisabeth Bille reflexiona sobre el espacio definido por los textos documentales (aplicado a la Cerdeña de los siglos XII-XIV), producto de una concepción momentánea y de las relaciones de un grupo social sobre el territorio, que no coincide plenamente con el espacio geográfico y las formas del paisaje.

La tercera parte se centra en el estudio de los bosques y de sus usos y reúne cuatro aportaciones. Véronique Izard se queja de la escasa atención que los historiadores han prestado a los datos biogeográficos al estudiar los bosques sólo desde su dimensión económica o jurídica, recogiendo la recomendación de Bertrand de considerar la dimensión ecológica en la historia de los paisajes rurales y aplicándola al estudio de los bosques del norte de Cataluña entre los siglos XII y XIV. Michel Brunet recuerda la fuerte imbricación que presentan los pastos y los bosques y estudia los constantes conflictos generados en el aprovechamiento y gestión de estos últimos en el Rosellón del siglo XVIII. Ángel García-Sanz analiza la historia de la explotación del bosque de Irati (Navarra) por varias compañías (formadas entre el final de la primera guerra carlista y 1879) en las que participaban destacadas figuras políticas. Emmanuel Garnier se ocupa de otra dimensión del bosque, la de refugio de alimañas; el avance del pastoreo de las sociedades montańesas catalanas redujo el espacio vital de los grandes depredadores y desencadenó una auténtica guerra contra lo que consideraban animales nocivos a exterminar.

La cuarta parte se dedica a las protoindustrias montańesas, particularmente a aquellas relacionadas con el hierro, la plata y el vidrio. Iñigo Mugueta estudia la explotación de un complejo minero de plata de tamaño medio en el reino de Navarra durante el siglo XIV, la mina de Urrobi, que debió resultar un fiasco inducido en parte por el informe del florentino Paolo Girardi, interesado en el arrendamiento de la misma. Martine Camiade y Denis Fontaine investigan la historia de una vidriera en el extremo oriental de los Pirineos entre los años 1538 y 1666, desentrañando las estrategias familiares

que permitieron a sus propietarios mantener el poder local y apropiarse de las masas forestales del macizo de Albera. André Balent desbroza el complejo tema de las relaciones, casi siempre conflictivas, entre las comunidades y los concesionarios de la explotación de la mina de hierro de Puymorens (Cerdeña), siguiendo su evolución entre el siglo XVII y el siglo XX y dando cuenta de los cambios en dichas relaciones y de la introducción de nuevas partes en litigio al tiempo que se transformaba el complejo técnico y las condiciones políticas.

El libro concluye con un amplio capítulo dedicado al léxico de los recursos naturales en la Navarra medieval a cargo de Eloísa Ramírez Vaquero, que presenta 350 entradas como resultado del vaciado de fuentes documentales referidas a los siglos XI-XV.

La red RESOPYR ha continuado trabajando gracias a la reedición de su programa en el otoño de 2004, dedicado, en esta ocasión, precisamente a la problemática del léxico utilizado para designar los recursos y usos en la montaña pirenaica (un aspecto que, desde luego, tampoco carece de interés para la geografía histórica), pero en el que también se ha prestado especial atención a temas forestales (sobre todo de gestión histórica del bosque) en los que han participado de manera importante geógrafos (grupo GEODE). Hasta donde yo sé, a finales de 2006 solicitaron participar en una nueva convocatoria con un programa orientado sobre todo al estudio del hábitat. Habrá que estar atentos a la publicación de todos estos resultados.— MANUEL CORBERA MILLÁN

### *Espacios hulleros asturianos\**

La evolución del concepto de patrimonio industrial, desde una perspectiva atenta sobre todo a sus valores arquitectónicos y técnicos a otra que aspira a ser socialmente integral y a asumir plenamente su dimensión territorial, resume una tendencia que cobró impulso en la década final del siglo pasado y que, en España, se ha traducido, en parte, en el ámbito normativo con la adopción, en 2000, del Plan Nacional de Patrimonio Industrial por parte del Instituto del Patrimonio Histórico, y la promulgación de textos específicos en varias comunida-

---

\* SUÁREZ ANTUÑA (Faustino): *Carbón para España. La organización de los espacios hulleros asturianos*, Premio Padre Patac 2005. Ayuntamiento de Gijón - Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo - KRK Ediciones, 2006, 261 págs.

des autónomas. El primero incluyó a los «conjuntos» y «paisajes industriales» entre los bienes a proteger. La Ley asturiana de Patrimonio Cultural (2001) ha destacado entre los segundos por la apertura explícita de su campo de acción a las influencias territoriales y sociales de las actividades productivas.

Además de testigos materiales singulares de indudables aptitudes «patrimoniales», muchas explotaciones mineras se han significado por la huella de «conjunto» que han dejado en determinados territorios: por su capacidad para revelarse en «paisajes» que nos interrogan y ayudan a comprender, en sus relaciones con el medio, procesos económico-sociales históricamente relevantes. A bastantes de estos conjuntos les sería aplicable la caracterización como patrimonio industrial «de gran tamaño», con necesidades y desafíos específicos.

Suele constatarse una relación, muy comprensible aunque no sea ni mucho menos necesaria, entre la pérdida total o intensa, consumada o anunciada a breve plazo, de una actividad económica fuertemente arraigada en una sociedad (y en su territorio) y la gestación en torno a algunas manifestaciones de ella de una problemática «patrimonial», «cultural» sin duda, pero también, a veces, de muy amplio calado social. Quien suscribiera una moda intelectual que ha hecho algún estrago en las ciencias sociales (es difícil comprender las realidades sociales prescindiendo de referencias espacio-temporales precisas) lo expresaría diciendo que la promoción y preservación de testigos materiales de unas maneras de producir abandonadas o en profunda crisis, así como de sus impactos socioespaciales, es lo propio de un estadio post-productivo. ¡Que no excluye los movimientos especulativos! Entre otros, con el suelo... Evidentemente, preservar la significación histórico-patrimonial de unos paisajes no es lo mismo que «momificar» los territorios. Pretenderlo así sería, además de ingenuo, tan antihistórico como ignorar o despreciar ese valor (a semejanza del proceder de algún «posmodernismo») y facilitar con ello una destrucción irreparable o una degradación gratuita o que a muy pocos beneficia. De ahí las dificultades de una empresa que conjuga varias tareas y exigencias: proteger eficazmente para seguir estudiando y proponer; inventariar detalladamente para catalogar; urgencia para afianzar un estatuto a menudo precario y, a la vez, análisis y reflexión para articular las estrategias de salvaguarda y utilización adecuadas.

No son otras las preocupaciones que inspiran el libro de Faustino Suárez Antuña sobre los espacios hu-

lleros asturianos: una obra nacida de una tesis doctoral que ha sido premiada por la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma, que ha contribuido a su edición. Como explica en su prólogo Aladino Fernández García, abordar un tema que ha suscitado una masa de investigación geográfica e historiográfica tan importante como el carbón asturiano requería (y permitía) una cuidada definición de objetivos. Las claves del trabajo de Suárez Antuña radican en la puesta de manifiesto de: 1) la diversidad de los paisajes relacionados con la explotación de la hulla asturiana, en función de sus localizaciones y sus dispares condiciones topográficas, pero también de las variables necesidades y opciones de las empresas explotadoras; y 2) su alto interés desde una perspectiva histórico-patrimonial.

El libro se estructura en ocho capítulos, más el apartado final de fuentes y bibliografía. Los dos primeros pueden calificarse de introductorios: la introducción propiamente dicha, que sintetiza los objetivos del trabajo, y el siguiente que aborda, en una acertada panorámica general, los principales componentes del espacio minero («de producción» y «de residencia») y sus variaciones, al hilo de un enfoque necesariamente dinámico basado en el proceso crucial que conduce de las explotaciones de montaña al desarrollo de las verticales y a las transformaciones inducidas en los paisajes de vega. Este segundo capítulo se completa con la presentación de una clasificación en cuatro tipos de los espacios hulleros asturianos: de valles centrales o de los ríos principales, de los afluentes de éstos o valles laterales, de los bordes de estas cuencas o «periféricos» y, por último, los exteriores a ellas o «ultraperiféricos». En función de esta taxonomía se explica la elección de los cuatro casos en los que profundiza el estudio, a modo de ejemplos respectivos de los distintos «modelos». En el mismo orden de la enumeración anterior: el pozo Sotón, en el concejo de San Martín del Rey Aurelio (cuenca del Nalón), el único de la muestra que se mantiene activo; el San Luis, «auténtica joya del patrimonio industrial asturiano» (pág. 118), y el poblado de La Nueva, en el concejo de Langreo (valle del Samuño); el pozo Solvay en Lieres (borde norte de la cuenca del Nalón), concejo de Siero, y el conjunto de mina, fábrica y poblado de la célebre Real Compañía Asturiana de Minas en el enclave litoral de Arnao, concejo de Castañón. Los cuatro capítulos consagrados sucesivamente a cada uno de aquéllos vienen a ser el cuerpo central del libro, que se cierra con otro de conclusiones, al que sigue un selectivo y bien planteado glosario de términos mineros.

La descripción y el análisis de los cuatro casos de referencia sirven bien a los propósitos de la obra. Todos ellos están marcados por la acción, desigualmente precoz y prolongada, de algunas de las grandes empresas históricas del carbón asturiano: Asturiana de Minas en Arnao y en San Luis (a través de su filial Carbones de La Nueva), la también belga Solvay en Lieres y Duro Felguera en El Sotón. Sin embargo, como es sabido, las estrategias productivas y sus condicionantes no fueron los mismos: vinculación de la minería de la hulla con la metalurgia del zinc en el primer caso, la industria química en el segundo y la siderurgia en Duro Felguera. Esta última, no obstante, refuerza su dimensión minera aprovechando la oportunidad de la gran crisis del sector hullero en los años ochenta del siglo XIX: una crisis de estructuras productivas y general en Europa, aunque parece una ironía la fórmula que la califica como la «de un sistema capitalista aún sin perfeccionar» (pág. 64), sabiendo del poco éxito del capitalismo para conjurar este tipo de crisis a lo largo de un siglo y cuarto de desarrollo desde entonces.

A pesar de los elementos comunes, las respuestas técnicas tampoco fueron idénticas en estas explotaciones, y aún menos las modalidades y el alcance de las prácticas de gestión social y (ya sea directa o indirectamente) territorial desplegadas por las empresas en sus respectivos ámbitos espaciales. Este último aspecto constituye uno de los ejes destacados de la investigación. Los exponentes estudiados configuran una variada gama de situaciones. El ejemplo del Sotón es el de uno de los valles centrales, en los que la profundización de pozos verticales (en este caso a partir de 1914) y la consiguiente intensificación de la explotación se acompañaron de una importante atracción migratoria, especialmente en los años de autarquía del franquismo, con un fuerte impacto en el poblamiento por la potenciación de la urbanización que produjo. Pero la implicación directa de las empresas en este fenómeno fue muy escasa.

El polo opuesto es el que representa la actuación de Solvay en Lieres, que se cuenta entre las de más exhaustiva «intervención empresarial en el territorio» (pág. 167): desde el espacio de producción, con sus elementos agrupados, al de residencia, con sus dos poblados tributarios (en su existencia y en su organización interna) del paternalismo patronal. Todo ello «se incrusta» en el entorno rural confiriéndole un carácter «semiurbano» (pág. 133) y configurando un patrimonio de extraordinaria riqueza, aunque gravemente expuesto tras el cierre de la explotación a finales de 2001.

Entre los dos ejemplos anteriores, el conjunto pozo San Luis - poblado de La Nueva encarna el «modelo de transición» del valle del Samuño (pág. 99), donde el carácter limitado de la intervención de la empresa minera en la promoción de vivienda no le impidió ejercer una «influencia general» en el espacio de residencia (pág. 129).

Singular es también, por varios conceptos, la impronta de la Real Compañía Asturiana en Arnao. Por el testimonio de la acción pionera de la empresa belga en el desarrollo de la minería y la industria asturianas contemporáneas. Por la amplitud de esa intervención y la de su legado, con sus «dos espacios de producción» (mina y fábrica) y «uno de los mayores poblados de empresa de Asturias» (pág. 177). También por las dificultades (y la espectacularidad) del medio y, en particular, las derivadas de la explotación minera submarina, abocada al cese desde hace casi un siglo.

Es notorio el cuidado de Suárez Antuña en la descripción de los elementos señeros de los paisajes que estudia, la atención que presta a las formas y estilos arquitectónicos. Pero su enfoque no se reduce a lo morfológico: le importan las disposiciones en el territorio y los procesos de los que resultan. Sobresale también el modo preciso de abordar los aspectos técnicos y mecánicos de las explotaciones y su evolución (algo que es imprescindible para valorar su significado «patrimonial») y su manejo del vocabulario técnico y «del gremio». Ambos rasgos se ponen de manifiesto a lo largo de las páginas del libro y se condensan, al final, en un glosario básico pero claro y minucioso en sus descripciones y explicaciones, y atento a las referencias cronológicas de cada uno de los elementos definidos en lo que atañe a la minería asturiana.

Los recursos documentales de los que se ha servido son considerables: archivos de empresas (proyectos y memorias relacionados con construcciones y maquinaria, inventarios de bienes...) y municipales, entre otros; fuentes impresas, además de un muy notable apoyo bibliográfico; cartografía y fotografía aérea (desde las series del vuelo americano de mediados del siglo pasado a la realizada por la administración autonómica en los años noventa). Es patente también el conocimiento que ha obtenido del estudio sobre el terreno (de paisajes e instalaciones, del estado en que se hallan y de los flancos débiles de su preservación), y su recurso a los testimonios orales. La lectura del libro transmite familiaridad con el medio y la impresión de un trabajo que, sin menoscabo de las exigencias de su primera naturaleza académica, se ha realizado con gusto.

Alguna errata aislada y muy contados detalles del texto rebeldes a la revisión no pasan de anecdóticos ni pueden restar mérito a una redacción, en general, fluida y esmerada. Complementándola, el volumen alberga un muy útil y escogido conjunto de figuras, incluidas fotografías antiguas de gran belleza (como la magnífica que ilustra la cubierta del libro), a veces confrontadas a otras recientes para facilitar una percepción más cercana del estado de determinados elementos del patrimonio minero.

El conocimiento del patrimonio en su acepción más completa, que no puede obviar el interés de los paisajes como una de sus manifestaciones fundamentales, es la base de su defensa y promoción y debe inspirar la intervención de las administraciones públicas que las garanticen. Éste es el principio básico que da sentido y proyección a la contribución realizada por Faustino Suárez Antuña con su libro. El apoyo que le ha prestado la Consejería de Cultura asturiana no deja de ser un buen signo. Como afirma el autor del prólogo, es de desear ahora que la investigación «induzca» a asegurar una protección consecuente.— ARÓN COHEN

\* \* \*

SERRANO GARCÍA, Blanca: *Caza y Naturaleza en Monfragüe*. Centrales Nucleares Almaraz-Trillo, A.I.E., 2004, 188 págs.

La obra de Blanca Serrano titulada *Caza y Naturaleza en Monfragüe* es el resultado de su Proyecto Fin de Carrera para la obtención de la Licenciatura en Ciencias Ambientales en la U.A.M. y, enmarcada en una línea de investigación relativamente reciente que pretende contribuir a explicar la situación actual de los recursos cinegéticos en distintas áreas del país, se ocupa de las relaciones entre caza y espacios naturales protegidos.

Dentro de la citada línea de investigación, el objeto del trabajo se centra en varios aspectos fundamentales como el recorrido de la caza de actividad utilitaria a actividad de ocio y el incremento de su importancia económica en las regiones agrarias con valiosos espacios naturales, así como el estudio de las zonas de montaña media con estructuras dominadas por la gran propiedad de la tierra, áreas de importante tradición cinegética donde se practica la montería. También analiza la inte-

gración de la caza en las políticas de conservación de la naturaleza y la situación de los recursos cinegéticos en relación con los factores sociales, económicos, territoriales y sistemas de gestión que les afectan.

A pesar de la dimensión relativamente reducida del trabajo, en sus páginas se abordan una serie de temas interesantes; se estudia el papel de la caza en relación con la conservación de los hábitats y las especies de la fauna silvestre, sobre todo las más amenazadas de Monfragüe; se realiza un análisis evolutivo de la caza en dicho espacio entre los años 1991 y 2003; se evalúan los efectos de la caza en la conservación de especies faunísticas protegidas y se intenta comprobar si los aprovechamientos cinegéticos tienen un carácter sostenible, proponiendo recomendaciones adecuadas para el espacio objeto de análisis que, en la medida de lo posible, puedan ser extrapolables a otros espacios protegidos.

La obra se articula en ocho capítulos que van desarrollando los objetivos de la investigación. La primera parte se centra en la descripción geográfica del área estudiada, haciendo hincapié en los aspectos que se relacionan con las repercusiones territoriales y sus efectos en las poblaciones del Parque. Se analizan detalladamente los factores que justifican la propuesta de nuevas figuras de protección como la de Lugares de Interés Comunitario que se integraran la zona en la Red NATURA 2000.

El capítulo segundo analiza las unidades ambientales y las formaciones vegetales, todo ello en relación con los hábitats de la fauna silvestre, prestando especial atención a las aves y a las especies objeto de aprovechamiento cinegético.

La segunda parte del libro se centra en los aspectos específicamente cinegéticos y, en el capítulo quinto, se estudia la evolución de la regulación de la caza en el período de existencia del Parque Natural extremeño. La división en dos períodos, una primera etapa entre 1979 y 1990, desde la declaración del Parque hasta la aprobación de la Ley de Caza de Extremadura, en la que los aprovechamientos cinegéticos estaban permitidos y una segunda etapa en la que el control de poblaciones, en el interior del Parque Natural, sólo se admite por razones biológicas, técnicas o científicas debidamente justificadas, permite aproximarse a la conflictividad vinculada a la actividad cinegética, tanto en el área protegida, como en su zona de influencia socioeconómica.

Asimismo, se realiza un estudio de los terrenos cinegéticos que se centra en los aspectos más destacados de su gestión, culminado con una serie de conclusiones

acerca de las relaciones entre caza y conservación de la naturaleza en Monfragüe.

Resulta destacable que en el trabajo se haya utilizado una metodología flexible, en la que se combinan tareas de documentación bibliográfica, administrativa, legislativa y cartográfica, acompañadas de trabajo de campo, en el transcurso del cuál el contacto con propietarios y titulares de caza ha permitido adentrarse en los procesos de oposición a la política de manejo de los recursos cinegéticos que se ha aplicado en la zona de Monfragüe. Resalta el hecho de que la caza y la ordenación de los aprovechamientos cinegéticos haya supues-

to el mayor conflicto en la gestión del espacio natural protegido entre los propietarios de la tierra y la Dirección del Parque Natural.

En último extremo, a pesar de la problemática asociada a los aprovechamientos cinegéticos en un espacio natural protegido, la autora se decanta por una visión positiva de la caza, reconociéndola como una actividad tradicional que ha favorecido la conservación de un territorio de gran valor ecológico y que, por tanto, puede ser considerada una actividad sostenible que coadyuve al mantenimiento de la biodiversidad.— FROILÁN BAJO CUADRADO

